

MONACATO Y LITURGIA

Michael Casey, OCSO¹

Siete principios²

Cuando era un joven monje, hace alrededor de cincuenta años, leí un artículo de Eligius Dekkers, un profesor en esta universidad y, más tarde, Abad de Steenbrugge, titulado *Moines et Liturgie*³. Él comenzó su memorable artículo retomando de modo aleccionador una historia acerca de uno de los monjes del desierto. *Abba* Pambo se había disgustado cuando escuchó a un discípulo expresar su entusiasmo por un elegante *tropario* que había encontrado durante un viaje de negocios a Alejandría. La respuesta de Pambo fue mordaz:

Ay de nosotros, hijo mío, pues vienen días en que los monjes abandonarán el alimento sólido, la palabra del Espíritu Santo, para dedicarse a los himnos y a los tonos. ¿Qué compunción, qué lágrimas pueden nacer de estos troparios, cuando estando en las iglesias o en las celdas eleven sus voces como un buey?... Los monjes no han venido a esta soledad para estar ante Dios regodeándose, para cantar cánticos, ritmando melodías, agitar las manos y saltar de un pie al otro. Nosotros debemos ofrecer, con temor y temblor, con lágrimas y gemidos, con una voz llena de reverencia y pronta a la compunción, sobria y humilde, nuestras oraciones a Dios⁴.

1 El P. M. Casey es monje trapense de la Abadía de Tarrawarra (Victoria, Australia).

2 Conferencia pronunciada en el Liturgical Institute de KU Leuven en Keizersberg Abbey, el 18 de octubre de 2016. Traducción tomada de: *Tjurunga* n. 95 (2018), pp. 5-19. Versión castellana de la Hna. María Graciela Sufé, osb (Abadía Gaudium Mariae, San Antonio de Arredondo, Córdoba, Argentina).

3 Eligius DEKKERS, “Moines et liturgie,” *Collectanea Ordinis Cisterciensis Reformatorum* (= COCR) 22 (1960), pp. 329-340. Ver también, “Were the Early Monks Liturgical?”, COCR 22 (1960), pp. 120-137.

4 Todo el texto está traducido en I. HAUSHERR, *Penthos. La doctrine de la componction dans*

En aquellos lejanos días antes del Concilio Vaticano II, Dekkers estaba enviando una saludable advertencia contra la identificación de monacato y liturgia. Es verdad que, desde los tiempos de Próspero Guéranger en Solesmes y Mauro y Plácido Wolter en Beuron, los benedictinos habían sido considerados como la vanguardia de la renovación litúrgica. Grandes comunidades cistercienses y benedictinas eran capaces de dedicar considerables recursos a la celebración de la liturgia para admiración de los simples fieles más acostumbrados al minimalismo parroquial. A muchos les parecía que los que seguían la *Regla* de san Benito eran *ipso facto* expertos en liturgia. Medio siglo después tal vez valga la pena volver a ver el tema de la relación entre monacato y liturgia.

Me gustaría aproximarme a este objetivo a través de la formulación de un número de principios que puedan guiar nuestra reflexión sobre este asunto. Me limitaré a hablar del monacato occidental, como se encarna concretamente en las comunidades benedictinas y cistercienses, especialmente de monjes, con una obvia concentración en las vicisitudes litúrgicas de mi propia Orden. La mayor parte del tiempo hablaré de la Liturgia de las Horas, ya que las celebraciones eucarísticas están generalmente más reguladas por normas universales y, como resultado, están más estandarizadas.

Principio 1

En la liturgia monástica, como en las comunidades monásticas, hay una dialéctica entre un enfoque ascético/apofático y un enfoque eclesial/catafático, y la mayoría de las comunidades están en un lugar aproximado en el continuum entre los dos extremos.

La tan alardeada moderación o equilibrio identificado en la *Regla* de san Benito se debe a su incorporación de valores opuestos dentro de la visión de un modo de vida monástico saludable y para toda la vida: soledad y comunidad, frugalidad y lo suficiente, trabajo y oración, separación del mundo y

l'Orient chrétien, Roma, Pontificium Institutum Orientalium Studiorum, 1944, p. 121 (*Orientalia Christiana Analecta*, 132). [Traducimos la cita directamente del original francés. En el artículo el Autor traduce de: *Penthos: The Doctrine of Compunction in the Christian East* (Cistercian Studies Series, 53; Kalamazoo, Michigan, 1982), pp. 106-107. N.d.T.].

hospitalidad, estímulo y corrección⁵. Estas dualidades traen como resultado que cada comunidad autónoma desarrolla su propio estilo monástico interpretando la tradición de acuerdo con sus propias circunstancias y, debe admitirse, a menudo según las disposiciones y personalidades de sus miembros. Algunas comunidades son austeras y concentradas, con un visible énfasis en la regularidad y el silencio. Otras son cultas y urbanas y se esfuerzan en crear una vida comunitaria cálida. Algunas comunidades son exigentes en lo que ellas esperan de los monjes, otras son más tranquilas. Constatamos que, inevitablemente, el carácter de la vida comunitaria imprime su sello también en la liturgia.

En su libro de 1995 *Two Ways of Praying*, Paul Bradshaw hizo una distinción entre un enfoque “catedralicio” y uno “monástico” de la liturgia⁶. En muchas partes del mundo de habla inglesa, especialmente donde los benedictinos están fuertemente involucrados en apostolados activos, podría hacerse una distinción similar entre el enfoque adoptado por los Monjes Negros [benedictinos] y el encontrado en monasterios de los Monjes Blancos [trapenses]. En un extremo del espectro está la adopción eclesial del Breviario Romano, celebrado a menudo con cierta solemnidad, como en las vísperas solemnes o pontificales los días domingo. En el otro extremo está la preferencia ascética por un Oficio “monástico” con la recitación de todo el salterio en una o dos semanas, la celebración de un largo Oficio nocturno, y la inclusión de las tres horas menores. La situación está tipificada en los monasterios cistercienses de la Estricta Observancia en Japón: de los siete monasterios que hay allí, tres optaron por el Oficio Romano en la compilación que ellos habían contribuido a realizar; los otros cuatro tradujeron un Oficio monástico del francés al japonés como más apropiado a la situación monástica. Dos diferentes estilos de liturgia.

5 Ver M. CASEY “The Dynamic Unfolding of the Benedictine Charism,” en *American Benedictine Review* 51.2 (2000), pp. 149-167. Ver también, “Ascetic and Ecclesial: Reflections on RB 73:5”, *Tjurunga* 28 (1985), pp. 14-23.

6 Paul F. BRADSHAW, *Two Ways of Praying* (Nashville: Abingdon Press, 1995). Ver también su *Daily Prayer in the Early Church* (London: SPCK, 1981). Ver también Giorgio AGAMBON, *The Highest Poverty; Monastic Rules as form-of-Life* (Stanford; University Press, 2013), p. 86: “La validez e identidad del monacato depende de la medida en la que logra el mantenimiento de su propia especificidad con respecto a la liturgia eclesial, la cual por su parte estaba siendo sistematizada sobre el modelo de la efectividad sacramental y de una articulación así como de una separación entre la subjetividad del sacerdote y la eficacia *ex opere operato* de su práctica”.

El estilo “monástico” de liturgia, particularmente en la Liturgia de las Horas, es con frecuencia más preferido en los monasterios que se definen a sí mismos en términos de una orientación contemplativa; para ellos lo que es importante es la interioridad. “La oración *verdadera* en esta tradición es interior, lo que ocurre adentro del corazón y de la mente del fiel, para lo que la acción exterior puede ser una ayuda o apoyo, pero que, al fin y al cabo, se puede dejar de lado”⁷. La liturgia en tales casas es bastante característica, presupone un nivel más alto de catequesis al normalmente encontrado en las parroquias, generosidad en el tiempo dedicado a la celebración, y dirigido a proporcionar la posibilidad de encuentros de oración. Y generalmente el componente ceremonial es más moderado.

Principio 2

Una liturgia llena de vida pertenece a la integridad de la *conversatio* monástica.

Aunque en algunos casos la eucaristía diaria no es posible, siempre se espera que los monjes y las monjas occidentales celebren la totalidad de la Liturgia de las Horas en el coro, y la mayoría de los ermitaños están obligados asimismo a una recitación privada. Para los que siguen a san Benito, la prioridad asignada al *Opus Dei* por la *Regla* indica que esta es una de las observancias características del monacato benedictino y un elemento clave de la identidad monástica. Para los recién llegados, el “celo por la Obra de Dios” es uno de los indicios de una genuina vocación monástica (RB 58,7). A menudo es posible evaluar el fervor de una comunidad por la seriedad de su dedicación al Oficio. Al mismo tiempo, si bien la celebración de la Liturgia de las Horas es un elemento esencial del monacato, no es el propósito del monacato⁸. Es, más bien, uno de los medios por los cuales se lleva a cabo el objetivo monástico.

Parece ser que a la celebración de la Liturgia de las Horas se le dio mayor prioridad que a la celebración de la Eucaristía. Esto es fácil de ver en el desierto

7 BRADSHAW, *Two Ways*, p. 20.

8 El Sínodo de Aachen en los años 816-819 definió claramente el carácter inconfundible de monjes y canónigos. Como consecuencia del Concilio Vaticano II, EL P. Shillebeeckx pronunció un discurso a los monjes cistercienses de Tilburg sobre la ordenación de los monjes. Una de sus mayores acentuaciones fue la incapacidad histórica de las autoridades romanas en distinguir entre monjes y canónigos regulares y la consiguiente confusión de dos clases distintas de vida religiosa.

egipcio donde los monjes generalmente no eran sacerdotes y por eso, como todos, ellos iban a la iglesia parroquial para la eucaristía dominical. Nosotros podemos ver que se da esta prioridad al Oficio en el costumbrario cisterciense del siglo XII. Generalmente había una eucaristía diaria, pero la mayoría de los monjes no asistían a la misa durante el tiempo de las cosechas –eran sustituidos por servidores designados y por los hermanos enfermos–. Sin embargo, estaba prevista la celebración de las Horas en los lugares de trabajo –y también una siesta, tomada *al fresco*–⁹. Esta prioridad del Oficio se oscureció un tanto cuando fueron ordenados más monjes y se multiplicaron las misas “privadas”. Los monasterios se convirtieron en “máquinas” de misas, produciendo grandes beneficios, no sólo por el fruto espiritual de las misas, sino también por los estipendios ofrecidos por el hecho de celebrarlas.

En el pasado, la afirmación de la importancia primordial del Oficio con frecuencia hizo surgir la pregunta respecto de los hermanos legos. ¿Eran ellos monjes, dado que no asistían con regularidad al Oficio coral, ni lo recitaban privadamente, y en lugar de eso lo reemplazaban con un Oficio de Padrenuestros y Ave Marías? Muchos alegaron que a menudo los hermanos legos eran los mejores monjes –a pesar de su falta de liturgia– debido a la simplicidad de su estilo de vida y a su evidente devoción. Una propuesta interesante pero que ya no vale la pena llevar adelante, pues con la derogación en la mayoría de los lugares de los hermanos legos, esto dejó de ser una cuestión a tratar.

Principio 3

La liturgia monástica produce su fruto con mayor efectividad cuando está respaldada por la oración regular personal y la lectio divina, y cuando está complementada por una vida comunitaria que funciona, y por el trabajo cotidiano.

La liturgia fue hecha para el monje y no el monje para la liturgia. Funciona mejor en el contexto del conjunto de la *conversatio* monástica. Por un lado, las Horas recurrentes del Oficio son una invitación para que el monje vuelva a centrar

9 *Ecclesiastica Officia* 84:5-20. Danièle CHOISSELET and Placide VERNET [Eds.], *Les Ecclesiastica Officia Cisterciens du XIIème siècle* (Reiningue, La Documentation Cistercienne, 1989), p. 242.

su atención sobre lo *unum necessarium*. “Las Horas canónicas deberían ser consideradas como pilares alzados en el transcurso del tiempo para soportar un puente, que no tienen otro objetivo sino cargar con la carretera que cruza el río y que une las dos riberas. De la misma manera, las Horas del Oficio soportan el esfuerzo de quien quiere responder a la invitación del Señor [a orar sin cesar]”¹⁰. Hacer una pausa para la liturgia no solo proporciona al monje un alimento periódico para su *meditatio*, sino que repetidamente lo llama a dejar la distracción de las tareas necesarias para concentrarse sobre el propósito primordial de su vida¹¹. El Oficio funciona como una forma de *memoria Dei*; es la práctica de una ejercitación por medio de la cual el monje huye del olvido de las cosas que realmente importan: *oblivionem omnino fugiat*¹² (RB 7,10).

Por otro lado, la experiencia de todos confirma que la calidad de la participación en la Liturgia de las Horas depende de cómo ha sido empleado el tiempo transcurrido¹³. Un monje que se dedica con regularidad a la *lectio divina*, que vive una vida sin hacerse notar realizando el trabajo asignado, que vive en armonía con sus hermanos, que llega al oratorio con sobria rapidez, es mucho más probable que encuentre la oración en la liturgia que el que llega en el último minuto por algún proceso de caída en paracaídas, con su mente todavía abarrotada con las urgencias de sus importantes ocupaciones cotidianas. La liturgia requiere dedicación, si no se desea que resulte ineficaz en manos de una mente indisciplinada y un corazón puesto en otras cosas. Para algunos es necesario hacer un esfuerzo consciente para crear una zona resguardada que permita un tiempo de desintoxicación previo al intento de participar en la Obra de Dios. Esto se puede hacer por medio de momentos de oración personal o, más institucionalmente, por la *statio*.

10 Adalbert DE VOGÜÉ, “Prayer in the Rule of Saint Benedict,” *Monastic Studies* 7 (1969), pp. 117-118.

11 La señal para la Obra de Dios es un deber importante que recaen en primer lugar sobre el abad o, de manera secundaria, sobre un delegado responsable (RB 47,1). Los hermanos responden a esta cita con urgencia y gravedad (RB 43,1). Esa señal está llamándolos no solo al cumplimiento de una celebración litúrgica sino a la tarea de volver a poner el centro en Dios.

12 “Y nunca lo olvide” (N.d.R.).

13 “No es dudoso que todo cuanto ocupa nuestro espíritu antes de la plegaria, la memoria lo evoca, queramos o no, mientras oramos. Conviene, pues prepararnos de antemano para ser luego en la oración lo que deseamos ser. Las disposiciones del alma en la oración dependen, a no dudarlo, del estado que la ha precedido” (CASIANO, *Conferencias* 9,3; Sources Chrétiennes [= SCh] 54, p. 42) [Trad. castellana en: *Juan Casiano. Colaciones I*, Madrid, Eds. Rialp, 1958, p. 413 (Neblí, Clásicos de espiritualidad, 19). N.d.T.]

Hay, como nos lo recuerdan algunas de las palabras de despedida de la Misa, una continuidad entre la liturgia y la vida; rezamos como vivimos y tendríamos que tratar de vivir como rezamos¹⁴. La Obra de Dios es más grande que la liturgia, como indica el empleo del término por parte de san Basilio. El “Oficio u Obra de Dios” es la totalidad de la vida ascética y espiritual. Incluye a ambos: lo que Dios hace en nosotros y lo que nosotros hacemos por Dios. En este sentido, el mismo espíritu debería impregnar todo lo que hacemos en cumplimiento de nuestra vocación. El mismo *espíritu*. Esto no quiere decir transformar las actividades de cada día en representaciones cuasi-litúrgicas, como parece haber sido el caso en Cluny en los siglos XI y XII, donde las procesiones y los cantos acompañaban incluso a las tareas más mundanas. ¿Qué salmos son los apropiados para acompañar la siembra de habas? Esta sacralización de la vida diaria a través de la liturgia sería privar a las ocupaciones ordinarias de su significado inherente e intentar superponerles significación haciendo creer que tienen otro significado que el que [realmente] ellas tienen. La liturgia y la vida se complementan; cuando una de ellas intenta desplazar a la otra, el equilibrio y la moderación necesarios para un compromiso a lo largo de toda la vida se debilitarán rápidamente.

Principio 4

Para los monjes, la calidad subjetiva de su participación en la liturgia es más importante que el virtuosismo objetivo de su realización.

Aunque años de cantar el Oficio traen como resultado cierta familiaridad con esa actividad y contribuyen a facilitar sus aspectos técnicos, los monjes no están simplemente haciendo un trabajo para el que han llegado a ser competentes, y del que pueden olvidarse hasta la próxima convocación. El valor primordial del Oficio para los monjes es su eficacia para llevarlos a la oración y para proporcionarles alimento e incentivo para continuar esa oración, de diferentes maneras, a lo largo del día. Aunque hay muchos tratados monásticos que dan testimonio de la buena disposición de los monjes a comprometerse con la teoría y la práctica de la técnica musical, el objetivo central en las instrucciones pastorales dadas a las comunidades, era tratar de llegar a la oración en el Oficio.

14 Raymond CORRIVEAU, *The Liturgy of Life: A Study of the Ethical Thought of St. Paul in his Letters to the Early Christian Communities*, (Brussels: Desclée de Brouwer, 1970).

La exhortación de san Benito *psallite sapienter*¹⁵ se tomó seriamente en el sentido del axioma de Agustín acerca de la concordancia entre corazón y voz (RB 19,4-7): “Que tu corazón concuerde con tu voz”¹⁶. Para Bernardo de Claraval, esto condujo a una doble exigencia. Por un lado, estamos obligados a cantar con energía; con todo el corazón y con toda la voz. Por otro lado, tenemos que controlar nuestros pensamientos de modo que nos concentremos exclusivamente en el texto que se está cantando.

Los exhorto, amadísimos, a que siempre asistan a las divinas alabanzas con pureza y diligencia. Con diligencia, para que sirvamos al Señor con reverencia y gozo; no a desgana, ni somnolientos, ni bostezando, escatimando su voz, o pronunciando la mitad de las palabras o saltándolas por entero, ni con voz afeminada, nasal y gangosa, apocada o retumbante, sino virilmente, como se lo merece, pronunciando las frases del Espíritu Santo con sonoridad y amor. Y también puramente, de modo que mientras salmodian no piensen en ninguna otra cosa sino en ello.

No solo deben eludir los pensamientos vanos y ociosos, sino también, al menos en ese momento y lugar, los que necesariamente deben ocupar por el bien común a los hermanos oficiales. Yo les aconsejaría que en ese tiempo no den acogida a esas ideas recientes, recogidas quizá en la lectura de los códices, sentados en los claustros, o esas otras que me escuchan a mí ahora, disertando en este auditorio del Espíritu Santo. Son saludables, pero no para recordarlas mientras salmodian. En ese momento el Espíritu Santo no acoge con agrado sino lo que debes ofrecerle, desechando todo lo demás¹⁷.

Comprender lo que se cantaba durante el Oficio con frecuencia traía consigo trabajar sobre los textos fuera del tiempo de la celebración. San Benito tiene previstos estudios privados de los salmos y de las lecturas en el tiempo que sigue al oficio de Vigilias (RB 8,3). El costumbrario cisterciense manifiesta que se daba una instrucción (*sermo*) en la sala capitular en cada una de las solemnidades más importantes (denominadas “Festividades de Sermón”), como una manera de

15 “Canten salmos sabiamente”, Sal 46 (47),8 (N.d.R.)

16 Ver M. CASEY, “The Discipline of Psalmody: RB 19”, *Tjurunga* 68 (2005), pp. 57-79.

17 BERNARDO DE CLARAVAL, *Sermones sobre el Cantar de los Cantares* 47,8; SBOP 2,66,17-26. [Trad. castellana en: *Obras completas de San Bernardo. Edición bilingüe. V. Sermones sobre el Cantar de los Cantares*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1987, pp. 623 y 625 (BAC 491). N.d.T.].

ayudar a los monjes a hacer la conexión entre lo que se celebraba en la iglesia y su vida cotidiana. Incluso los hermanos legos asistían a ellas. Es más, entre los cistercienses del siglo XII tenemos pruebas de una instrucción sistemática, probablemente dada a los novicios, relativa al significado de los himnos usados en el Oficio, a manera de un comentario espiritual detallado sobre todos los himnos empleados en ese tiempo. Esto se consideraba necesario “porque los que, al cantar o leer, no comprenden la oscuridad de las palabras, obtienen menos fervor con ellas”¹⁸. Se consideraba importante que la liturgia fuera comprendida. Por el siglo XIII, sin embargo, encontramos que a los novicios ingleses se les aconseja introducir significado en los textos litúrgicos, en lugar de extraerlo del texto mismo¹⁹. Podemos muy bien decir que la ignorancia del latín en el siglo XIII en Irlanda y la consecuente exclusión de la comprensión litúrgica, fue probablemente uno de los factores que trajeron una rápida declinación del fervor en los monasterios de la región, como lo atestiguan las cartas de Stephen de Lexington²⁰. Con el pasar de los siglos, la captación del latín por parte del monje común y corriente disminuyó probablemente aún más y también su capacidad para interpretar la totalidad del significado de los salmos. Esta situación perduró en diversos grados hasta la introducción de la lengua vernácula después del Concilio Vaticano II. Incluso latinistas competentes tenían que esforzarse –por lo menos a veces– para dar con el significado de lo que estaban cantando. Al parecer, rendido ante lo que no podía evitar, el “directorio espiritual” oficial de los Cistercienses de la Estricta Observancia [OCSO], en la primera parte del siglo XX, daba este consejo a sus lectores. “Podemos destinar atención a la parte material del Oficio simplemente cuando es necesaria para la correcta ejecución de la salmodia y la debida observancia de las ceremonias, reservando nuestra aplicación interior para una piadosa reflexión”²¹. Se volvió necesario un revestimiento piadoso cuando los textos que se cantaban eran incomprensibles.

18 John Michael BEERS [Ed.], *A Commentary on the Cistercian Hymnal: Explanatio super hymnos quibus utitur ordo Cisterciensis: A Critical edition of Troyes Bib. Mun. MS. 658* (London: Henry Bradshaw Society, 1982), p. 1.

19 Ver [Stephen of Sawley], *Speculum novitiorum* 3; traducción al inglés por Jeremiah F. O’Sullivan, *Stephen of Sawley: Treatises* (Kalamazoo: Cistercian Publications, 1984), pp. 90-93.

20 STEPHEN of Lexington, *Letters from Ireland 1228-1229*, traducidas [al inglés] por Jeremiah O’Sullivan, (Kalamazoo: Cistercian Publications, 1982).

21 Vital LEHODEY, ocr, *A Spiritual Directory for Religious* (Peosta: New Melleray Abbey, 1935), Vol. II, p. 42.

La Liturgia de las Horas desempeña una significativa función en el desarrollo de una espiritualidad monástica específica. Ella implica que monjes y monjas están expuestos por varias horas diariamente a la Escritura y, especialmente, a los salmos. Después de años de empleo diario, la Biblia, y particularmente la Biblia escuchada/proclamada, ocupa una parte sustancial en la memoria y proporciona un vocabulario para comprender y expresar lo que de otro modo sería una experiencia espiritual inexpresable. San Benito cita 161 veces a los salmos en su *Regla* (28 veces en el capítulo 7), y hay más de 7.000 citas en las obras de Bernardo de Claraval. Hasta para el austero y contemplativo Evagrio Póntico, los salmos fueron el libro de oración del monje *por excelencia*²².

El salterio proporciona un ejemplo de la afirmación de Casiano de que la oración puede surgir en circunstancias muy diferentes²³. Da fuerte y a veces conmovedora expresión a muchas experiencias humanas diferentes, e invita al monje a elevarse a partir de ellas y a dirigirse a Dios como a un “Tú”. A menudo pasa inadvertido que uno de los más frecuentes y más radicales elementos en el salterio es el continuado empleo del pronombre de segunda persona. Los salmos son más a menudo dirigidos a Dios, que discursos *acerca de* Dios. Y el “Tú” está con frecuencia vinculado con la primera persona para afirmar y volver a afirmar la relación “yo-Tú” que existe entre nosotros y Dios. Cuando cantamos los salmos, afirmamos la realidad de nuestro diálogo con Dios: Dios habla con nosotros y a nosotros se nos permite responder. El monje es un hombre cuya vida interior es plasmada por la exposición a los salmos a lo largo de toda la vida. Ellos son su manera preferida de celebrar cuando todo está bien; y cuando se arman las nubes de una tormenta y su experiencia de vida se oscurece, él puede muy bien encontrar consuelo en la dialéctica entre desesperación y esperanza que está tan elocuentemente expresada en los salmos de lamentación, que constituyen alrededor de la tercera parte del salterio.

22 Ver Luke DYSINGER, osb, *Psalms and Prayer in the Writings of Evagrius Ponticus* (New York, 2005).

23 *Colaciones* 9,8: “La oración es correlativa del grado de pureza a que ha llegado el alma. Sigue, por lo mismo, cauces distintos, aun cuando ello sea debido a influencias extrañas o espontáneas, es decir, a impresiones de cosas exteriores que le acontecen o de fenómenos interiores que la modifican. Es indudable que nadie permanece idéntico a sí mismo en todo tiempo. Por tal razón, la oración varía según el clima espiritual en que vivimos” (Trad. castellana en *op. cit.* [en nota 11], p. 423. N.d.T.).

Principio 5

En el canto litúrgico, el significado de las palabras es primordial; la melodía debe realzar el significado y no oscurecerlo o distraer de él.

En el período medieval encontramos muchos tratados técnicos sobre el canto litúrgico que demuestran que había quienes estaban altamente especializados en música. Entre las exposiciones cistercienses estaban el tratado *Cantum quem* que se adjuntó al Antifonario reformado cuando apareció éste en 1147, y el tratado *Regulae de arte musica* atribuido al Abad Guy de Cherlieu (1093-1158). Además de éstos, es evidente que había una preocupación general respecto a la calidad de la participación litúrgica²⁴. San Bernardo, que estaba activamente comprometido en mejorar la música cisterciense, nunca dejó de ver el hecho de que la función de la misma fuera secundaria –la música estaba orientada a poner de relieve el significado de las palabras y no a convertirse en el elemento primordial en el canto litúrgico–. Él expresó las prioridades claramente en una carta al Abad victorino Guy de Montier-Ramey.

Los conceptos brillen por su absoluta verdad, proclamen la justicia, insinúen la humildad, enseñen la equidad, acrecienten la luz en los espíritus, ordenen las costumbres, fustiguen los vicios, exciten la devoción en el corazón y el dominio de los sentidos. Si se usa el canto, esté lleno de gravedad y no sea lascivo ni rudo. Sea suave, pero no leve; recree los oídos y conmueva el corazón. Disipe la tristeza y mitigue la ira. No encubra la letra, sino que la llene de vida. Supone una gran pérdida espiritual que la ligereza del canto distraiga del sentido de las palabras y que se preste más atención a las modulaciones de la voz que al contenido que se celebra²⁵.

Así como la música litúrgica necesita ser subordinada a una fructífera participación en el significado de los textos, así, también el ceremonial e inclusive

24 Entonces, entre otros, GUERRICO DE IGNY, S. 55: *On Arousing Devotion during Psalmody* [Para suscitar devoción durante la salmodia]; Esteban de Sawley [?], *On the Recitation of the Divine Office* [Sobre la Recitación del Oficio Divino]; y hay un capítulo en el *Exordium Magnum*, “Sobre el peligro de negligencia en la salmodia” (Dist 5, C, 16). Hay varios tratados sobre la Eucaristía incluyendo los de Guillermo de St-Thierry, Isaac de la Estrella y Balduino de Ford.

25 BERNARDO DE CLARAVAL, *Carta* 398,2, SBOp 8, p. 378,9-16. [Trad. castellana en: *Obras completas de San Bernardo. Edición bilingüe. VII. Cartas*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1990, p. 1137 (BAC 505). N.d.T.].

el ambiente físico del lugar de culto debe ser simple, sobrio, de tal manera que no distraiga del propósito principal del Oficio monástico: encontrar a Dios, la verdadera motivación que impulsó a las personas a ingresar en el monasterio.

Debe admitirse que a menudo hay un grado de frustración reservado para los monjes músicos, cuya apreciación es más refinada que la de los monjes comunes y cuyos niveles de capacidad son considerablemente más altos. Especialmente en la actualidad, cuando disminuyen y envejecen las comunidades y se descubren ellas mismas incapaces de alcanzar aún el nivel mediocre de competencia que tenían antes. Hay un considerable desafío implícito de llegar hasta la elevada calidad de canto que muchos esperan. Aquí es donde se vuelve necesario “acortar el abrigo para que quede bien la ropa”, y asegurarse de que el canto cumpla su propósito primordial de ser el apoyo y el realce de la oración, en lugar de convertirse en un meritorio suplicio. No toda comunidad es bendecida con una mayoría que canta bien y sin esfuerzo, pero toda comunidad está llamada a garantizar que la Obra de Dios sea celebrada de una manera adecuada a las aptitudes de un grupo particular de manera que la música no cohíba la libertad de encontrar la oración durante la celebración de la liturgia.

En lo que concierne a la lengua inglesa, todavía no hemos encontrado la salida al período de transición que se produjo cuando la liturgia comenzó a ser celebrada en lengua vernácula. Aunque la situación está mucho más resuelta de lo que lo estuvo en las décadas de 1970 y 1980, bien puede decirse que no hemos elaborado todavía un repertorio consistente de buena música monástica, sobria en el estilo, bíblica en las alusiones y profundamente teológica. Existen todavía bastantes elementos de mal gusto²⁶. Es posible que los monjes tengan una función vital en el proceso de revertir esta situación, pero a mí me parece que es tarea del próximo siglo, y que demandará tanto creatividad como cooperación²⁷. La habitual inclinación por la autonomía benedictina necesitará ser atenuada de

26 Para una mordaz visión de elementos de mal gusto como un fracaso pastoral y teológico con implicancias morales, ver Richard EGENTER, *The Desecration of Christ* (London: Burns & Oates, 1967). El autor, un prominente especialista alemán en teología moral, se refiere principalmente a las artes visuales, pero sus críticas tienen validez también para la música litúrgica.

27 Sería un error pasar por alto el hecho de que muchas comunidades en el mundo de habla inglesa valoran las composiciones con modos de Fr. Chrysogonus Waddell de Getsemaní y que están ampliamente disponibles. En mi propia comunidad hemos estado usando muchas de sus antífonas, tonos de salmos y salmos responsoriales por más de cuarenta años y no nos hemos cansado de ellos.

algún modo para permitir intercambios de contenidos de alta calidad y compartir recursos. En cuanto a la producción de liturgias monásticas inculturadas en los países en vías de desarrollo empleando las lenguas de las minorías, esto puede realmente llevar más tiempo.

Hay todavía focos de liturgia latina en torno, y muchas comunidades continúan usando elementos de la liturgia antigua, ya sea por su valor intrínseco o en un esfuerzo por responder al pedido del Vaticano de que los monasterios mantengan la bandera en alto. Al visitar una comunidad clandestina de monjas cistercienses en China, observé que en ocasiones especiales ellas empleaban el Ordinario Latino de la Misa *De Angelis*. ¡No es necesario decir que encontré más fácil unirme a esto que a los cantos chinos que normalmente utilizaban! Advierto que algunos grupos lingüísticos pasan más fácilmente al latín que otros. En inglés las consonantes pesan más en el significado de la comunicación y, como resultado, las vocales están con frecuencia distorsionadas o apagadas. Los australianos, particularmente tienen dificultad en emitir las vocales puras que llevan las melodías gregorianas, especialmente en los cantos con más melismas, y la mezcla resultante de una variedad de diptongos no es agradable. Dado que el latín ya no es enseñado como componente básico de una educación liberal, no nos podemos permitir ser muy optimistas en esto. Puede que los cantos en latín estén destinados a convertirse predominantemente en actuación litúrgica más que en una liturgia participada.

Principio 6

La liturgia es la oración colectiva del cuerpo de Cristo; a cada miembro se le asigna una función particular para el bien de la totalidad.

Todos los rituales suponen la orquestación de varias clases peculiares de participación. Gustavo Dudamel, el conductor venezolano de la Filarmónica de Los Ángeles, ha hecho notar que el silencio de la audiencia es una parte importante de toda actuación. En este caso, el hecho de no hablar no es una negatividad; los que asisten a un concierto, contribuyen de manera activa con su atento silencio a lograr un resultado que satisfaga tanto a los músicos como a los oyentes. Del mismo modo, no son los protagonistas principales solo quienes participan en una

celebración litúrgica; también cumplen una función quienes están presentes y miran y escuchan y aprecian. Sin receptores, la actividad carece de sentido.

En una verdadera liturgia monástica, el canto se caracteriza por ser un intercambio entre el silencio y el canto. Esto se logra de manera más obvia en el canto coro a coro de los salmos, con un lado que canta y el otro lado que descansa y escucha, atento también al texto del salmo, pero de manera diferente. La pausa rítmica en el medio no solamente permite sincronizar el canto con la respiración sino que posibilita que el corazón concuerde con la voz²⁸. La inserción de pausas más largas es tal vez algo un poco más polémico. Tiene la ventaja de hacer más lenta la progresión litúrgica y así brindar espacio para una reflexión privada. La desventaja que algunos experimentan es que las pausas largas pueden interferir en el ritmo del Oficio de tal manera que la interconexión creativa de sus elementos se pierda.

También hay una variación en las posturas: pararse y sentarse, inclinarse en las doxologías. Quizás momentos en los que no pasa nada. En una comunidad verdaderamente recogida, la acción más simple puede ser portadora de significado—el hecho de caminar con lentitud hacia el ambón, el abrir el libro, el anuncio de la lectura—. Todos estos obvios y necesarios preliminares pueden montar el escenario para una escucha atenta de la proclamación de la Palabra. Hay así muchos pequeños elementos que contribuyen a una fructífera liturgia; algunos son tan pequeños que a menudo se escapan, pero cuando ellos no son tenidos en cuenta el impacto acumulativo socava el sentido de seriedad que la liturgia debe tener.

Principio 7

La liturgia monástica, así como la vida monástica, necesita considerarse a sí misma como en un estado de reforma constante.

Liturgia semper reformanda! Con esto no quiero decir que la liturgia monástica debe estar cambiando continuamente, sino que los responsables de la liturgia deben permanecer alertas ante la posibilidad de que la liturgia pueda

28 En la tradición cisterciense la pausa era dos latidos, descripta como la duración de la frase *Pater noster*. Al menos un comentarista equivocadamente interpretó la instrucción con el significado de que la pausa duraba toda la extensión del Padrenuestro.

volverse defectuosa en el cumplimiento de su propósito fundamental. Algunos monasterios se movilizaron rápidamente en la década de los años 1970 y 1980 para llegar a consolidar una forma de culto que se adaptara a ese período. No es sorprendente que, cuarenta años más tarde, el uso continuado de estas formas parezca estar desactualizado. Versiones inglesas de la música de Lucien Deiss fueron el último grito en la década de los años 1970; hoy parecen ser más bien extrañas. Podría darles otros ejemplos, pues hay todavía lugares tiranizados por certezas de los años setenta.

Esto es especialmente verdadero respecto a los últimos cincuenta años, cuando textos y traducciones se necesitaban rápidamente, y los compositores monásticos se apresuraron a preparar melodías para antífonas y demás cantos. Muchos de los que participaron activamente en el tiempo de transición todavía viven, *feliciter regnans*. No a todos les entusiasma entregar sus composiciones a la apreciación de sus pares, o el reemplazo de lo que ellos crearon por el trabajo de otros. Textos y música provisionales tuvieron un papel importante en la transición del latín a las lenguas vernáculas y del canto gregoriano a las diferentes clases de música. Los responsables merecen todo encomio por sus esfuerzos. Esto no quiere decir necesariamente que lo que compusieron deba immortalizarse.

No estoy diciendo necesariamente que *toda* la música escrita a raíz del Concilio Vaticano II fuera inferior o inapropiada para las comunidades que la abrazaron. Sé, sin embargo, que en los últimos cuarenta años el promedio de edad de las comunidades ha crecido y en muchos monasterios hay una notoria ausencia de voces jóvenes fuertes que disfruten del desafío de una música difícil o que tengan la capacidad de llevar adelante el coro. Algunas comunidades están encontrando dificultad en mantener los altos niveles de interpretación musical que antes eran posibles. El intentar lograrlo ha introducido un nivel de estrés en la liturgia que la convierte más en un suplicio que en una oración.

Es necesario volver a afirmar que la calidad de la celebración litúrgica tiene un impacto decisivo en la calidad de la vida monástica. Ya sea causa o efecto, una liturgia poco frecuentada y malamente ejecutada es un signo claro de que algo no está suficientemente bien en la comunidad. Una reforma monástica incluye a menudo una reforma litúrgica en su agenda.

Un claro ejemplo de esta interrelación puede encontrarse en el Cister del siglo XII. La reforma del estilo de vida monástica no sólo abarcó la reducción de

la duración y complejidad de la liturgia, sino que también trajo el surgimiento de una búsqueda de las formas más auténticas de canto gregoriano y una vuelta a lo que se consideraba que era la forma de liturgia prescripta por san Benito.

Inicialmente los fundadores cistercienses buscaron en Metz lo que consideraban como la más genuina tradición de canto gregoriano²⁹. El Antifonario y el Gradual provienen de esta fuente. El himnario empleado era el que trajeron con ellos desde Molesmes, pero muy recortado, de manera que no contenía más que los himnos “ambrosianos”, según lo dispuesto por la autoridad de la *Regla* de san Benito –según era interpretada por ellos–. Querían que la música litúrgica no fuera otra sino la que disponía la *Regla*. La música de los fundadores, como sus iglesias, vestimentas y celebraciones, era deliberadamente sencilla y austera. También ella sirvió como transmisora del mensaje de la reforma.

Aunque realizado con las mejores intenciones, el resultado no fue bueno. El método más germánico de canto, descrito por Fr. Chrysogonus Waddell como “una especie lastimosa de canto dialectal teutónico”, parecía sin sentimiento a quienes estaban cerca de la zona central de Francia. San Bernardo lo describió como “corrupto, bastante mal estructurado y merecedor de desprecio en todos los aspectos”. El monje anglosajón Harding, que se convirtió en Esteban, el tercer abad del Nuevo Monasterio, fue el instrumento de la adopción del sistema de Metz. Tan pronto como él salió de escena, el Capítulo General de 1134 mandó una revisión total del canto existente, y confió esa tarea a la supervisión de Bernardo de Claraval³⁰. ¡Tal vez supervisar de un panel de músicos talentosos

29 Por muchos años la tesis de Soloutor Rodolphe MAROSSZÉKI estaba considerada como la descripción más amplia de los orígenes del canto cisterciense. “Les origines du chant cistercien: recherches sur les réformes du plain-chant cistercien au XIIe siècle”, *Analecta Sacri Ordinis Cisterciensis* 8 (1952), pp. 1-137. Chrysogonus WADDELL ha adoptado una visión con más matices del desarrollo del canto cisterciense, por ejemplo, “The Origin and Early Evolution of the Cistercian Antiphonary: Reflections on Two Cistercian Chant Reforms”, en M. Basil PENNINGTON [Ed.], *The Cistercian Spirit: A Symposium: In Memory of Thomas Merton* (Spencer: Cistercian Publications, 1970), pp. 190-223. Volvió al tema más recientemente en “An Old Man’s Tale: My Many Years with Saint Bernard of Clairvaux”, en Brian Patrick MCGUIRE [Ed.], *A Companion to Bernard of Clairvaux* (Leiden: Brill, 2011), pp. 347-368, sobre todo pp. 352-355.

30 Ver Ignace BOSSUYT, “Bernardus van Clairvaux en de hervorming van de liturgische zang,” in M. SABBE, M. LAAMBERIGTS AND F. GISTELINCK [Eds.] *Bernardus en de Cisterciënzerfamilie in België: 1090-1990* (Leuven: Bibliotheek van de Faculteit der Godgeleerdheid: 1990), pp. 115-125.

pueda considerarse un testimonio de la virtud heroica de Bernardo! De todos modos, el grupo, que incluía a Guy de Cherlieu y Ricardo de Vauclair, que más tarde se convirtió en Abad de Fountains, requirió solo trece años para producir un resultado, de tal manera que por el año 1147 un nuevo himnario y un nuevo antifonario estuvieron listos³¹. Se tuvieron en cuenta cuatro principios principales: se restauró la unidad modal de los cantos, la escala musical fue limitada al decacordio (10 notas), el si bemol fue eliminado generalmente por transposición, y las repeticiones de música y de texto se redujeron. La calidad de la participación fue explicada detalladamente con comentarios sobre el ritmo del canto, la producción de la voz y el mantenimiento de la unidad del coro. Hubo una reforma menor del himnario en 1180-1182.

Este ejemplo del medioevo puede enseñarnos algunas cosas. En la esperanza de que gradualmente se dé forma a una liturgia que pueda servir a las comunidades monásticas en su búsqueda de una oración más lograda, necesitamos mucha honestidad en la evaluación de la situación y coraje para tratar de hacer algunas cosas que traigan mejoras. Los detalles técnicos necesitan una adecuada atención, pero también las actitudes y la conducta cotidiana de los monjes en el coro. Si la Liturgia de las Horas tiene una importancia tan primordial en la vida ordinaria de monjes y monjas, necesita ser monitoreada. A lo mejor podemos sacar provecho de la consideración de que la pobreza evangélica también tiene que ser aplicada a la liturgia. Esto implica más que la exclusión de accesorios de lujo y de ricos ornamentos; quiere decir aceptar la relativa falta de recursos de los que participan en ella. La liturgia es la Obra de Dios. Es capaz de producir efectos buenos inclusive cuando los mejores esfuerzos de los involucrados no logran alturas sublimes. Aceptar obrar dentro del límite de uno es llevar al culto de Dios una actitud de humildad y, a la luz del Evangelio, semejante postura parece no ser algo tan malo.

La Liturgia de las Horas puede tener un efecto poderoso en todas las áreas de la vida personal y de la observancia monástica. Y no solo esto, una participación litúrgica fructífera transmite un sentido profundo de alegría y realización³². Para que ocurra, es necesario que ella mantenga su especificidad. El

31 El himnario ha sido editado con una extensa introducción y comentario en dos volúmenes por Chrysogonus WADDELL, *The Twelfth-Century Cistercian Hymnal* (Trappist KY: Gethsemani Abbey, 1984).

32 “Salmodiar atañe al gozo” (*Psallere autem ad gaudium pertinet*; Agustín, *Comentarios a*

Oficio diario no tiene el mismo ritmo que la meditación o la oración silenciosa, que son sus complementos. Está lleno de palabras y realiza movimientos según pautas establecidas. Algunas veces tenemos que dejarnos atrás a nosotros mismos y correr para seguirle el ritmo. No hay mucho espacio para la espontaneidad, la liturgia es formativa más que expresiva. Al mismo tiempo el *Opus Dei* no tiene que reducirse a instrucciones o sermones. Su efecto específico es movernos hacia una determinada calma del corazón que conduce a su vez a una zona de atención orante ante la presencia de Cristo. A partir de ese encuentro, puede ocurrir cualquier cosa.

La historia monástica no nos deja ninguna duda de que el monacato tiene una tendencia a incorporar muchas de las características de la cultura que lo rodea, a veces con éxito y otras veces no. La liturgia monástica también tiende a reflejar lo que está ocurriendo en la vida litúrgica de la Iglesia local. Es no obstante el culto de un grupo inconfundible de fieles y, como tal, se podría esperar que mantenga determinadas características propias frente a lo que se experimenta en las parroquias. No porque sea una liturgia mejor, sino porque es una liturgia diferente. Tal vez podríamos reforzar este punto concluyendo con una cita del artículo de Eligius Dekkers con el que comenzamos.

Permitamos que la liturgia monástica se caracterice por una extrema sobriedad en sus formas, por una gran autenticidad en las ceremonias y especialmente por una profunda interioridad basada en la convicción de que la liturgia verdadera es una verdadera oración y la verdadera oración es una verdadera liturgia³³.

*Tarrawarra Abbey,
Yarra Glen, Vic. 3775. Australia
tarabbey@ozemail.com.au*

los Salmos, 7,19; https://www.augustinus.it/spagnolo/esposizioni_salmi/index2.htm. [La versión castellana que se ofrece es algo diferente del texto en inglés que presenta el Autor, por ello citamos también el original en latín. N.d.T.].

33 DEKKERS, “Moines”, p. 339.